

Memoria y olvido: la Segunda Guerra Mundial hoy

En febrero de 1943 Joseph Goebbels, ministro de Propaganda de Hitler, pronunció en el Palacio de los Deportes de Berlín uno de los discursos más famosos de la historia del nacionalsocialismo, en el que describía a la Segunda Guerra Mundial como una “guerra total”. Este concepto, que había sido formulado por el general Ludendorff, héroe de la Primera Gran Guerra, definía un nuevo tipo de contienda que suponía la completa subordinación de la política a la guerra; la asunción de que la victoria absoluta o la derrota total eran las únicas opciones; y la implicación, no solo de los combatientes sino asimismo de la población civil desarmada, a la que la aviación había convertido, además, en objetivo de guerra.

La Segunda Guerra Mundial no se libró solo por ejércitos en campos de batalla. La industria de tiempos de paz se convirtió en industria de guerra cuando las fábricas, antes dedicadas a la producción de automóviles o electrodomésticos, empezaron a producir en sus cadenas de montaje armas, tanques y motores para los aviones de combate. Las mujeres ocuparon los puestos que sus maridos, al partir al frente, habían dejado vacantes en las fábricas; y tanto en la Unión Soviética como en Alemania, se crearon grandes campos de concentración a los que se derivaba a los prisioneros de guerra para que realizaran duros trabajos forzados explotando minas, tendiendo vías de ferrocarril o trabajando en la fabricación de armamento.

La producción de alimentos descendió rápidamente y el hambre se convirtió en un arma de guerra más. Según datos recopilados por la historiadora británica, Lizzie Collingham, unos 20 millones de perso-

nas murieron de hambre, desnutrición o enfermedades relacionadas con ellas. Las cifras son especialmente espectaculares en el caso de Japón y de la Unión Soviética, que no dudaron en matar literalmente de hambre a su campesinado y al de sus enemigos. El número de víctimas de la Segunda Guerra Mundial ha sido objeto de numerosos estudios que normalmente ofrecen estimaciones de entre 55 y 60 millones de personas fallecidas, cifra que se eleva hasta los 100 millones según los cálculos más pesimistas y se mantiene entre 40 y 45 millones según los más optimistas.

Vencedores y vencidos

La pregunta que surge en este contexto es qué motivos pudieron impulsar a los combatientes a embarcarse en una destrucción tan extrema. Según la versión oficial de los vencedores hubo que acabar con unos nacionalsocialistas que negaban las bondades tanto de la democracia como del comunismo y pretendían conquistar el mundo entero sometiendo al resto de las razas a las que consideraban "inferiores". Frente a los nazis, los aliados se presentaron como liberadores y demócratas, los héroes indiscutibles de una guerra contra el Mal.

Los alemanes se ganaron merecidamente su fama de encarnación del mal por su inexorable crueldad con, entre otros, los pueblos conquistados, los discapacitados, los izquierdistas y los judíos, cuyo exterminio sistemático en los campos del Holocausto durante los últimos años de la guerra se convirtió en el símbolo de los horrores de la conflagración. Lo que no se cuenta tan alegremente es que los soviéticos también trataron a los alemanes con inusitada crudeza cuando invadieron el país al final de la guerra, violando mujeres alemanas y saqueando sin medida, o que los aliados bombardearon sin piedad ciudades alemanas llenas de civiles en los últimos meses de una contienda que los aliados ya habían ganado. Nadie duda de la responsabilidad de Hitler y sus secuaces nazis. Sin embargo, se habla menos de la responsabilidad de los ciudadanos alemanes que prefirieron mirar hacia otro lado, o de la de muchos países que se

negaron a acoger a los millones de judíos que intentaban escapar de Alemania.

Los norteamericanos hablaron de una “guerra buena”, que gestaría un orden de posguerra internacional sin colonias ni imperios, en el que los pueblos libres podrían comerciar directamente entre ellos; pero no dudaron en arrojar bombas nucleares sobre Japón e hicieron mucho dinero con la venta de armas. Según el historiador británico Ian Kershaw, los cerca de 5.000 millones de dólares que pagó Gran Bretaña en concepto de pedidos de armas entre 1939 y 1940 sacaron a Estados Unidos de la Gran Depresión causada por el crac de 1929.

Gran Bretaña pactó con su población reformas internas basadas en el respeto a derechos fundamentales como la igualdad; pero, al igual que Francia, nunca quiso hacer realidad la igualdad de derechos en sus colonias. Se ha hablado mucho del racismo alemán y quizá no lo suficiente del desplegado por Gran Bretaña o Francia en sus territorios coloniales ni de la segregación de la población de color norteamericana. La Unión Soviética legitimó la “gran guerra patriótica”, alegando su necesidad de defenderse de la invasión nazi y de liberar a los pueblos esclavizados por los alemanes; pero los aliados sospecharon durante toda la contienda que su intención real era ocupar Europa Occidental. Como suele ocurrir, con el paso del tiempo y buenos análisis críticos la versión de los vencedores va dejando paso a un relato de los hechos más equilibrado, que refleja el hecho de que en las guerras, desgraciadamente, todos los bandos cometen atrocidades.

Un punto axial de nuestra historia

Al margen de los motivos que impulsaron a los combatientes, y de las versiones posteriores sobre lo ocurrido, la Segunda Guerra Mundial alteró fronteras, hizo caer gobiernos y modificó áreas de influencia. Cambió la forma de entender la política, la economía y hasta el derecho internacional tras la formulación del concepto de crímenes

contra la humanidad. Dio un gran impulso a la tecnología; pero, sobre todo, dio un vuelco a los valores sociales, redefiniendo los límites de la violencia tolerable y dando lugar a una nueva visión del mundo.

Las sociedades actuales le deben más que a cualquier otro suceso histórico reciente, pues sin tenerla presente difícilmente se pueden entender derivas esenciales para nuestra vida actual como el auge de la democracia y los derechos humanos en Occidente, el surgimiento de los estados de bienestar o el orden internacional en el que vivimos. La última gran guerra dio lugar a la Guerra Fría, pero también a la cooperación internacional al desarrollo, a las organizaciones de ayuda humanitaria y al surgimiento de movimientos que, como el pacifismo o el feminismo, hoy forman parte de nuestro paisaje cotidiano.

La idea de que una guerra así nunca debía repetirse formó parte del discurso oficial de todos los contendientes, vencedores y vencidos. La Organización de las Naciones Unidas se creó para intentar garantizar la paz en el mundo, el libre comercio y la solidaridad internacional que debían basarse en la democracia y en los derechos fundamentales. La Declaración Universal de los Derechos Humanos recogió los principios del nuevo orden internacional; y la democracia, en cuyo nombre habían legitimado la guerra los vencedores, sentó las bases del orden político interno de los estados.

Europa, por su parte, quiso poner en marcha un programa de unificación que acabara con la tendencia histórica de los pueblos del continente a luchar por su hegemonía. En 1950, Francia y Alemania organizaron la producción de carbón y acero bajo una Alta Autoridad común. Seis años después, Francia, Alemania, Italia, Bélgica, Países Bajos y Luxemburgo firmaron los Tratados de Roma para crear la Comunidad Económica Europea, un mercado común que garantizara la libre circulación de mercancías, servicios, personas y capitales. La creación de un Parlamento, un Tribunal de Justicia y un Tribunal de Cuentas dio lugar a una organización más amplia, que

paulatinamente fue adquiriendo un carácter político, con su moneda propia y políticas comunes: la actual Unión Europea.

A estos cambios radicales de la posguerra en el ámbito político y económico hay que añadir novedades sociales introducidas por el feminismo. La importante contribución de las mujeres al esfuerzo bélico las introdujo en el mercado laboral, modificando los modelos familiares. En los estados de bienestar se redujeron las diferencias sociales al instaurar la educación obligatoria y los sistemas sanitarios gratuitos, y el nuevo orden internacional fomentó el desarrollo del derecho de los pueblos y las regiones.

Memoria y olvido

Curiosamente, aunque nuestro mundo sea el resultado de esta evolución de la posguerra, diversos estudios realizados en la década de 2010 revelan que, en general, los jóvenes europeos solo tienen una vaga idea de lo que supuso la conflagración mundial y de lo que fue el Holocausto. Una encuesta realizada en 2010 entre escolares checos por Radio Praga demostró que la mayoría de los encuestados desconocían las fechas de inicio o finalización de la guerra. Se obtuvieron respuestas tan descabelladas como que Hitler fue presidente de Japón o que los campos de concentración acogían a soldados enfermos.

En noviembre de 2017, la Fundación Körber publicó una encuesta realizada a escolares alemanes de entre 14 y 16 años. Los datos obtenidos revelaron que sólo el 47% de ellos sabían que Auschwitz fue un campo de exterminio. En un estudio aún más reciente, realizado por la CNN en noviembre de 2018, se aprecia cómo se desvanece la memoria del Holocausto en países como Francia, donde una de cada cinco personas de entre 18 y 34 años aseguraron no haber oído hablar del asunto. En Austria el 12% de los jóvenes encuestados afirmaron lo mismo.

La estadística demuestra que los jóvenes no son los únicos afectados por la desmemoria. Un estudio realizado en 2015 por la agencia

británica ICM Research entre más de 3.000 personas en Francia, Alemania y el Reino Unido, reveló que tan solo el 13% de los europeos creían que el Ejército de la URSS había desempeñado un papel crucial en la liberación de Europa del nazismo. Más del 50% de los alemanes y del 61% de los franceses creían que sus países habían sido liberados exclusivamente por los norteamericanos; y sólo un 8% de los encuestados franceses y un 13% de los alemanes sabía que el Ejército Rojo había combatido contra la Alemania nazi.

La importancia de la historia

Este desconocimiento parece increíble teniendo en cuenta que hoy la Segunda Guerra Mundial constituye un punto axial de la historia solo comparable en Occidente a grandes hitos como la caída del Imperio romano o la Revolución francesa. Probablemente se deba, al menos en parte, a nuestra forma de enseñar historia; una disciplina que la mayoría de los alumnos consideran un saber poco práctico, basado en la memorización de datos del pasado descontextualizados y expuestos de forma acrítica.

El político y filósofo romano Marco Tulio Cicerón definió a la historia como “maestra de la vida”, una disciplina llamada a analizar críticamente, no solo el pasado sino asimismo las narrativas construidas por los pueblos en torno a ese pasado para poder guiarse por fracasos y logros anteriores a la hora de tomar decisiones en su presente. De ser cierto que la historia desarrolla la capacidad de observación, de análisis y de interpretación, al descuidar su enseñanza estaríamos debilitando el sentido crítico de la sociedad civil.

No se trata de convertir a todos los ciudadanos en historiadores profesionales, sino de formar ciudadanos críticos, capaces de defenderse de la manipulación basada en interpretaciones arbitrarias del pasado y de entender las sutilezas de los debates políticos del momento. Como bien ha señalado el historiador francés Pierre Vilar, la historia debe enseñarnos a leer el periódico y a ver los informativos

y debates televisivos, ayudándonos a poner en contexto los recursos ideológicos a sucesos o ideales del pasado.

En la primera parte de su *Quijote*, Cervantes señalaba que la historia ha de ser “ejemplo y aviso de lo presente, advertencia de lo porvenir”. Pero esta advertencia empieza a ignorarse en algunos países de nuestro entorno, como Suecia, donde a finales de septiembre el periódico Svenska Dagebladet informó de que Anna Westerholm, de la Agencia Nacional de Educación sueca, había propuesto una revisión de los planes de estudio de primaria y bachillerato que excluía la enseñanza de la historia anterior al año 1700. El motivo: como nunca da tiempo a terminar los temarios, los niños no reciben información alguna sobre la historia de los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial. Si esta tendencia se impone, quizá deberíamos reflexionar seriamente sobre el asunto. ¿Se puede entender el mundo de hoy ignorándolo todo sobre nuestros orígenes o sobre las fuentes y la evolución de los valores que consideramos fundamentales? ¿Caben la tolerancia, la solidaridad y la paz entre los pueblos cuando desconocemos nuestro pasado común? ¿Cómo evitaremos cometer los mismos errores si lo desconocemos todo sobre los tiempos pretéritos? ■

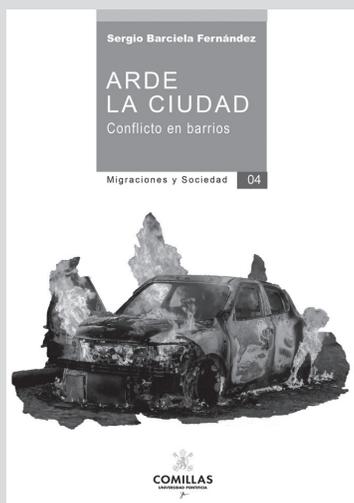
Arde la ciudad

Conflicto en barrios

Sergio Barciela Fernández

La búsqueda de paralelismos y puntos comunes en los conflictos violentos que se producen en ciertos barrios de nuestras ciudades ha llevado al desarrollo de una corriente de estudio, que surgió la sociología urbana, la sociología del conflicto y la conflictología, conocida como TMR o Teoría de los Marcos de Ruptura. Esta metodología aborda desde una perspectiva tridimensional el estudio de los conflictos: socioeconómica, etnocultural y político-institucional; y permite entender mejor las causas de estos disturbios que han marcado con sangre y fuego los barrios de estas ciudades.

En esta obra se analizan tres casos de estallidos sociales: Los Ángeles 1992, París 2005, y El Ejido 2000.



Arde la ciudad

Conflicto en barrios

Sergio Barciela Fernández

ISBN: 978-84-8468-793-1

Universidad Pontificia Comillas,
2019



SERVICIO DE PUBLICACIONES

edit@comillas.edu

<https://tienda.comillas.edu>

Tel.: 917 343 950